

Verdad es que el asesinato de emigrantes que llegan a ser un estorbo perdía a los ojos de la horda su carácter de ferocidad, se transformaba en ceremonia religiosa. El hombre gusta de engañarse así por la divinización de sus intereses y de sus actos: cuando los ancianos llegaban a ser incapaces de prestar servicios materiales, al menos, se decía, podían morir en beneficio del bien general, y, en efecto, de esta manera se les utilizaba, en todas las ocasiones en que había peligro para el conjunto de la comunidad, especialmente en la travesía de los ríos. Según una opinión muy generalizada entre los pueblos primitivos, el establecimiento de un puente constituye un verdadero atentado contra el dios del río; se le impone un yugo del cual trata de vengarse durante las crecidas y que ha de procurar conjurarse por medio de oraciones, ofrendas y aun sacrificios de vidas humanas. Cuando la tribu pasaba vadeando una peligrosa corriente de agua, todo accidente se atribuía a la cólera del dios de las aguas, pero esa cólera quedaba suficientemente apaciguada por el sacrificio de la víctima. Cuando se hacía necesaria la construcción de un puente, la cosa era más grave: era necesario pagar el tributo, hasta renovar-le cada año, puesto que cada año hinchaba el río sus aguas irritadas. Los pontífes o «constructores de puentes» ordenaban, pues, a las jóvenes puras, a esas guardianas del fuego que un día habían de llamarse «vestales», que cogiesen a los ancianos sexagenarios y los lanzaran al



Cl. Alinari.

BALANZA ROMANA

agua desde lo alto del puente, a fin de calmar así la ira del dios temido. En una región del Hanover, a orillas del Elba, donde en otro tiempo residían los Wendes, de raza slava, se ha conservado hasta nuestros días un dicho bajo-alemán, recordando al pueblo que antiguamente se hacían sacrificios humanos de la misma naturaleza: «¡Abajo, abajo el mundo ya no os quiere!»<sup>1</sup>

Cualquiera que haya sido el pasado prehistórico de los Romanos, es cierto que en su período de infancia, como nación poderosamente constituida fueron comprometidos en incesantes luchas con sus vecinos. De ese modo se desarrolló en ellos ese ata-

vismo de furor guerrero que les dominó durante los primeros siglos de su existencia. Por lo demás, el estado político y social en que se hallaban las poblaciones diversas de la comarca, tan pronto enemigas como aliadas, según los intereses particulares, las pasiones del momento y los azares de los conflictos, no permitían al pueblo naciente otro género de vida. La vecindad de Roma con tantos pe-



Cl. Alinari.

LÁMPARA ROMANA

Museo de Nápoles.

<sup>1</sup> R. von Ihering, obra citada, p. 404.



queños pueblos le hacía un cortejo de odios y al mismo tiempo le aseguraba amistades. Desde sus orígenes, la pequeña nación se unía a muchas ciudades, a muchas razas, a muchas religiones, y reunía en sí parentescos muy preciosos que tuvieron gran fuerza en sus alianzas. Los Albanos, habitantes de la ciudad de Alba, de donde eran originarios los gemelos fundadores de Roma, según la leyenda, se componían ellos mismos de dos poblaciones asociadas y no confundidas, la una indígena, la otra de estirpe extranjera: ésta, dicese, venida de Troya conducida por un sacerdote e hijo de rey, el «piadoso» Eneas, y ya se sabe que esta tradición es anterior a la época en que los Romanos entraron en relaciones con el Oriente<sup>1</sup>. En la primera yuxtaposición de las razas que se encontraban en Roma, era natural que los fuertes quisieran unirse por origen a la nación más civilizada de entonces, y que se relegase a los débiles entre los indígenas y semi-bárbaros. Los plebeyos de Roma fueron considerados todos como de descendencia latina, mientras que los patricios se tenían por Etruscos; fué después cuando el carácter religioso de la antigua leyenda troyana obligó a los gobernantes a hacer que remontara su genealogía hasta el rey de Ilión: hacia la época de la primera guerra púnica, cincuenta familias romanas se hallaron descendientes de Eneas, hijo de Anquises y de Venus<sup>2</sup>.

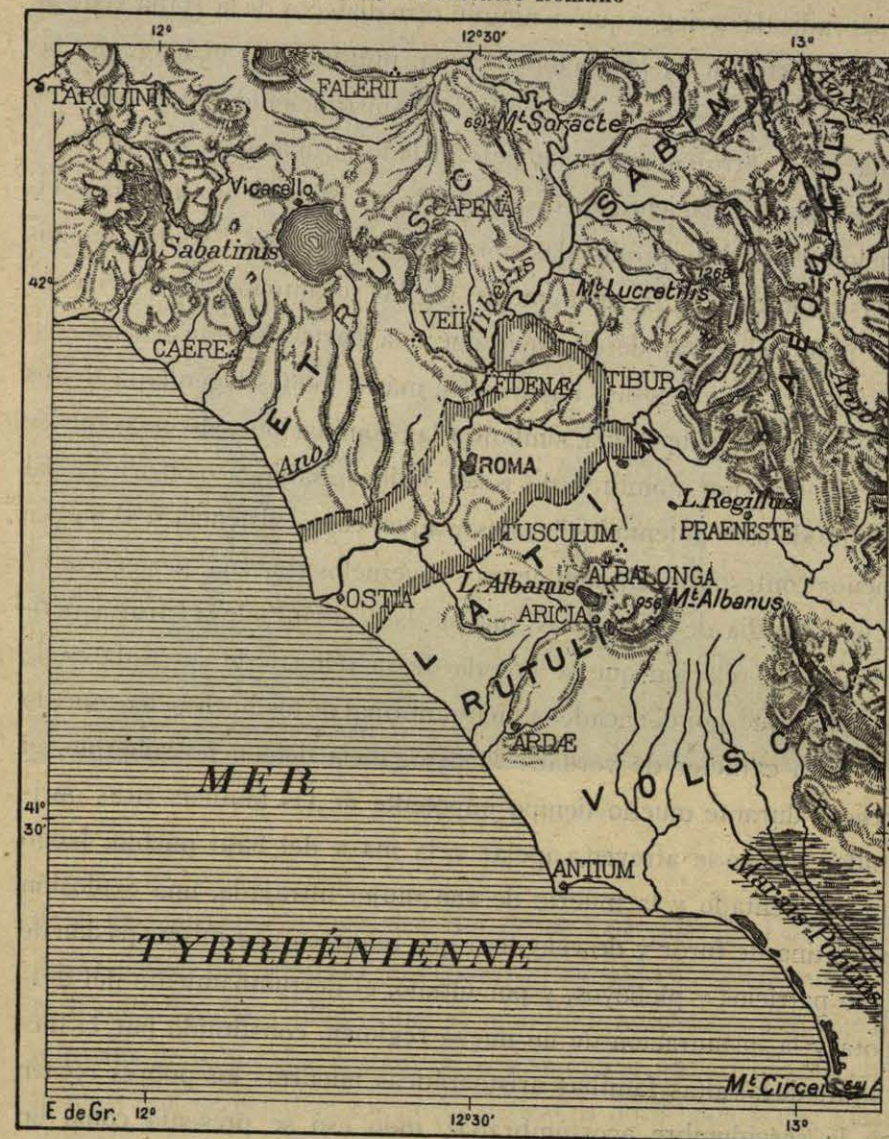
Los Griegos estaban también representados en la ciudad nueva, porque ésta parece haber englobado una colonia denominada Pallantium, cuyos habitantes conservan mucho tiempo su culto al lado del de los dioses romanos. En el sitio en que se elevó después el Capitolio, unas familias que se decían descendientes de Hércules vivían en un grupo distinto; por último, los Sabinos enviaron enjambres de colonos a la ciudad latina. «Roma no parecía ya una sola ciudad, sino una confederación de varias villas, cada una de las cuales se unía a otra confederación»; podía llamarse latina con los Latinos, sabina con los Sabinos, etrusca con los Etruscos y griega con los

<sup>1</sup> Tite Livio, XXV, 12;—Fustel de Coulanges, *La Cité antique*, págs. 163 y siguientes.

<sup>2</sup> J. A. Hild, *Légende d'Enée avant Virgile*, «Revue de l'Histoire des Religions», 1882-83.

<sup>3</sup> Fustel de Coulanges, obra citada, p. 425.

N.º 189. Anfiteatro Romano



1: 1 000 000

0 10 25 50 75 Kil

La extensión del territorio romano, cuyo límite está indicado sobre el mapa, corresponde a la que ocupaba al principio de la república, cuando los Romanos derrotaban a los Latinos en las márgenes del lago Regillus—de dudoso emplazamiento,—en el año de Roma 257. Un siglo después, en 358, Veii, distante 20 kilómetros de Roma, fué tomado por ésta.

Lavinium debería figurar en el mapa; la ciudad fundada por Eneas se halla a 20 kilómetros al sudeste de Ostia y a 2 kilómetros de la orilla.

Griegos<sup>3</sup>. Así tenía Roma la ventaja extraordinaria de participar en las fiestas religiosas de muchas otras naciones. El Romano tenía en todas partes parientes y hermanos. Por la lengua, lo mismo que por el culto, la ciudad que había de ser un día la «Ciudad Eterna», gozaba igualmente de un privilegio positivo: en ella se encontraban



más radicales griegos que en ningún otro dialecto de la Italia central. Ese carácter de la población romana, múltiple por el lenguaje, las tradiciones y los orígenes, explica las instituciones dobles que, en ella, se desarrollan paralelamente al lado la una de la otra<sup>1</sup>.

La ciudad naciente tuvo que sufrir en primer término las oscilaciones políticas producidas por el choque de los Estados vecinos más poderosos, y frecuentemente perdió su autonomía, o al menos no pudo conservar de ella más que una parte variante con las mil vicisitudes de las cosas. La historia, más o menos legendaria de los primeros siglos de Roma, simboliza las dominaciones diversas que se sucedieron, por nombres de reyes latinos, sabinos o etruscos. El último de esos potentados locales y aquel cuya existencia real parece menos contestable, era uno de esos reyezuelos rhasena, perteneciente a una familia de Tarquinias, una de las ciudades de la Etruria meridional. La relación que se nos da de su reino y de su caída es de aquellas que, por el encadenamiento normal de los hechos, ha tomado un gran carácter de verdad: la arrogancia del dueño soberbio, el rencor durante mucho tiempo impotente de las familias ricas oprimidas que no se atreven a apelar a la masa del bajo pueblo, luego un vil atentado y la muerte de una mujer ultrajada, una explosión repentina de furor y de venganza que reúne en una misma pasión de odio patricios y plebeyos, y por último, el derrumbamiento del despota y la instauración de un nuevo régimen, constituido por la dictadura de las altas familias aristocráticas, mientras los pobres recaen en la servidumbre acostumbrada; todo eso se presenta como un resumen lógico de acontecimientos probables, que en muchos siglos y en muchas comarcas se han desarrollado de una manera análoga: los detalles precisos y los nombres propios transmitidos por la leyenda importan poco en semejante asunto. Lo cierto es que de una manera general, con o sin Lucrecia y Bruto, se fundó la república Romana; se mantuvo quinientos años, y durante ese largo período de tiempo, su fuerza sólo se rompió una vez en el curso del «tumulto galo».

Contra los bárbaros del Norte, habitantes de las llanuras de ultramar, Apeninos, Roma había sido protegida durante los primeros siglos

<sup>1</sup> J. Michelet, *Histoire Romaine*, p. 139.



MESA ROMANA DE BRONCE

Cl. Brogi.

Museo de Nápoles.

de su existencia por la confederación de los Etruscos: las Doce repúblicas tenían que soportar y rechazar el choque. Pero las ondas de la historia se desarrollan sobre el mundo de una manera desigual: mientras unos pueblos crecen, otros disminuyen. Los Rhasena civilizados, que necesitaban los goces delicados de la vida y que ya no trabajaban ellos mismos, rodeándose de domésticos y esclavos, haciéndose también servir por mercenarios, no combatían ya en sus propias batallas, y además, gobernados por los sacerdotes, carecían de la iniciativa necesaria para levantarse de un desastre. Por otra parte, los diversos pueblos galos estaban todavía en su juventud guerrera. Rechazados de las regiones danubianas por la llegada de otros pueblos, se habían avanzado en grandes masas a través de los Alpes, en las tierras padanas y hasta en los valles del Apenino. Después una nueva conmoción les hizo franquear el Arno, luego el Tíber: hubo Galos en los montes del Lacio, y más al Sud, hasta la Campania, la «campiña» por excelencia. Una ciudad de las